

Teatro

Muñecas fuera de casa

Guillermo Vega Zaragoza

En 1878, poco antes de terminar *Casa de muñecas*, Henrik Ibsen escribió: “Existen dos códigos de moral, dos conciencias diferentes, una del hombre y otra de la mujer. Y a la mujer se la juzga según el código de los hombres... Una mujer no puede ser ella misma en la sociedad actual, una sociedad exclusivamente masculina, con leyes exclusivamente masculinas, con jueces y fiscales que la juzgan desde el punto de vista masculino”. ¿Qué tanto sigue siendo válida la aseveración del gran dramaturgo noruego a casi un siglo y medio de haber escrito la obra que es considerada como “la primera verdadera obra teatral feminista”?

En efecto, han sucedido muchas cosas desde entonces: dos guerras mundiales, desaparición de imperios, grandes avances tecnológicos y científicos... , pero la situación de la mujer sigue prácticamente igual a la época de Ibsen, a pesar de los grandes avances, en sociedades como la mexicana, todavía hay un largo trecho por recorrer, tal como se desprende de la lectura de la comedia *Van pasando mujeres* de César Antonio Sotelo, dramaturgo chihuahuense, en la que nos ofrece una visión de la mujer mexicana de clase media, de los dilemas que enfrenta la conciencia femenina en la sociedad de principios del siglo XXI.

Con economía de medios escenográficos, apenas insinuando los lugares donde suceden los hechos, en dos actos y diecisiete escenas, Sotelo nos presenta las relaciones de amistad, amorosas y laborales de Mónica, soltera en sus treinta, ejecutiva, atractiva y trabajadora, y a pesar de ello, indecisa aún de lo que quiere hacer con su vida. Coincide en un restaurante con sus amigas Lucía y Vanessa; la primera, divorciada, liberada, segura de sí misma, que toma la iniciativa en lo sexual, sin tapujos para

decir lo que piensa; y la segunda, casada, con hijos, de moral tradicionalista, fácilmente escandalizable, en suma: persignada. Aunque las une la amistad, sus visiones acerca del mundo y de las relaciones de pareja son notablemente divergentes. La presentación de los personajes en las escenas iniciales puede parecer prototípica, se cae incluso en el cliché, pero conforme avanza la obra el autor va desplegando la complejidad de cada uno de ellos con unos cuantos trazos dramáticos.

Mónica aspira a ocupar una dirección en la empresa donde trabaja. Pero se lleva la sorpresa de que en lugar de nombrarla a ella, se ha decidido traer a alguien externo (hombre, desde luego) para ocupar el cargo y ella sólo será subdirectora. Mónica monta en cólera y exige una explicación satisfactoria a su amigo, el director de personal, quien, desesperado ante sus reclamos, le dispara la verdad sin ningún tipo de anestesia. “¡Mónica, entiende! Éste es un mundo de hombres. Está hecho por los hombres para que los hombres lo gobernemos. Te guste o no, ésas son las reglas del juego y si no le entras no vas a ganar nunca. Así que mejor no juegues, ¿está claro?”. Esto lo dice un personaje creado en pleno siglo XXI, 134 años después de que Ibsen hiciera la declaración con que inicia esta nota. ¿Podemos llamarnos verdaderamente, sin ningún pudor, “modernos”, “democráticos”, “avanzados”, cuando en nuestra mexicana sociedad domina la idea de que “éste es un mundo de hombres y le entras o te amueblas”? Agudo observador, Sotelo ha trasladado a la escena una realidad que viven cotidianamente millones de mujeres que han dejado la casa de muñecas para enfrentar el despiadado mundo del capitalismo salvaje.

Para Sandra Heiras



La obra explora también el infaltable tópico de las relaciones de pareja. Al mismo tiempo que se desencanta del mundo laboral, Mónica es reacia a incursionar en el campo sentimental, hasta que encuentra a Edgar, amigo de un amigo que conoce en una cita a ciegas, y, como es previsible, se enamoran sin proponérselo. Conforme avanza la relación, en la que de nuevo se topa con la pared del “mundo de los hombres”, Mónica tiene que lidiar con las críticas de sus amigas, sobre todo de Lucía, que le recrimina por haber “traicionado” los ideales libertarios y sucumbir ante lo que antes criticaba: “creer que el mundo giraba alrededor de los hombres y que el único objetivo de su vida era atrapar a uno”. Pero las decisiones de los personajes pondrán a cada uno en su lugar. Mónica terminará como empezó: hablando sola, dispuesta a partir, ahora a iniciar una nueva vida, pero con la conciencia de su doloroso aprendizaje.

Esta obra ha sido escenificada en Chihuahua, Zacatecas y Buenos Aires, Argentina. Valdría la pena que alguna compañía de la Ciudad de México se arriesgara a montarla. Su actualidad y calidad lo ameritan. **U**

César Antonio Sotelo, *Van pasando mujeres*, Universidad Autónoma de Chihuahua, Chihuahua, Colección Flor de Arena, número 85, 2012, 101 pp.